

En aquel instante, la Reina entreabrió la puerta, y, viendo a Nelson a mis plantas, hizo ademán de retirarse.

—¡Oh! entrad, señora, entrad—le dije.—No tengo nada que ocultar ni a Vuestra Majestad ni al mundo. Nelson acaba de decirme que era nuestro, que nos pertenecía, y yo, en cambio, le he dicho, que yo era suya, que pertenecía a él. ¡Sea Vuestra Majestad lo bastante benévola para dar a besar su mano a nuestro salvador!

LXXXIII

Al día siguiente se celebró consejo de Estado. El Rey expuso la situación; no ocultó nada del desastre; a ser posible, habría exagerado sus proporciones.

El almirante Caracciolo, en su condición de jefe de las fuerzas navales, fué llamado a dicho Consejo. Como no había nada que temer por el lado del mar, pues los ingleses guardaban el puerto, pidió que se le permitiese reunir los soldados de marina en un cuerpo de mil o mil doscientos hombres, ponerse a su cabeza y marchar al encuentro de los franceses. Apoderándose de los desfiladeros de los Abruzos antes que el grueso del ejército napolitano llegase a ellos, podría reducir la extensión de la derrota y rehacer a los fugitivos, con el refuerzo de este nuevo contingente. Por crecido que fuese el número de soldados perdidos en los diversos combates con los franceses, el ejército napolitano debía aún ser cuatro veces más fuerte que el otro ante el cual huyó.

El Rey rechazó este ofrecimiento; dudaba de la adhesión de Caracciolo y sospechaba que su objeto, queriendo organizar aquella tropa, era reunirse con ella a los patriotas.

Caracciolo se sintió ofendido con esa sospecha, que no merecía, y, retirándose antes de terminar el Consejo, manifestó que regresaba a bordo de su buque, donde esperaba las órdenes del Rey.

Pero, antes de salir de palacio, se hizo anunciar a la Reina.

Esta celebraba también Consejo, el cual se componía de la Reina, Nelson, sir Guillermo y yo.

Desde la víspera, Carolina había resuelto, con el capitán general, su huida y la de su familia.

Dudaba si lo recibiría; pero sir Guillermo la decidió.

Entonces, la Reina me cogió del brazo, queriendo que yo estuviese presente a su entrevista con el almirante, sin duda para hacerle comprender la perseverancia de una amistad que, lejos de disminuir, adquiría mayores proporciones a despecho de las advertencias recibidas directa o indirectamente contra esa amistad.

Supliqué inútilmente a Su Majestad que no me expusiese a algún nuevo insulto del Príncipe napolitano; pero la Reina me manifestó que aquélla era su voluntad, y que a la primera palabra equívoca que profiriese el almirante, éste sería arrestado.

Pero desde un principio se pudo ver que en tal ocasión no había que temer nada de Caracciolo. En el noble semblante del Príncipe se retrataba la expresión del más profundo respeto.

—Señora—dijo inclinándose,—el Rey acaba de comunicarnos el desastre del ejército de tierra; pero, afortunadamente, la fiel marina está intacta. No soy llamado a dar un consejo a Vuestra Majestad; sin embargo, si Vuestra Majestad me dispensa el honor de consultarme, se lo daré, y ese consejo será que abandone sus Estados de tierra firme y vaya a refugiarse en Sicilia.

—Esa es mi intención, señor—dijo la Reina.

—Entonces—repuso Caracciolo inclinándose por segunda vez,—suplicaría a Vuestra Majestad que honrase a la *Minerva* embarcando a su bordo para el transporte. La *Minerva* es el mejor

velero de la escuadra napolitana, y, dado el estado en que la batalla de Aboukir ha puesto a la flota inglesa, nuestros barcos podrían luchar en velocidad y seguridad con los de lord Nelson. Estamos en mala época para la navegación; conozco nuestros mares, y hasta nuestras tormentas; nadie mejor que yo, pues, podría responder de la vida de Vuestra Majestad y de su augusta familia. En pocos días la fragata puede ser preparada de modo que Vuestra Majestad se encuentre cómoda y dignamente en ella.

La Reina saludó en señal de gratitud.

—Inútil decir—continuó Caracciolo,—que si, conforme es probable, lady Hamilton y sir Guillermo juzgan oportuno acompañar a Vuestra Majestad, será para mí un gran honor recibirlos a bordo de mi buque, honor que sólo podría compararse con el de recibir a Vuestra Majestad.

Todo esto era dicho en un tono tan digno, tan noble y respetuoso, que la Reina no pudo resistirlo, y tendió la mano al almirante.

—Señor—le dijo,—llegada la ocasión, no olvidaré su ofrecimiento, y por lo pronto, le doy las gracias en mi nombre y en el de lady Hamilton. ¿Tiene usted algo más que decirme, o se le ofrece algo?

—Tengo que decir a Vuestra Majestad que me considere su más fiel servidor y que ponga a sus pies mis respetuosos homenajes.

Y saludando de nuevo a la Reina y a mí, el almirante salió de la habitación, dando muestra del admirable tacto con que sabía hermanar la dignidad de su persona con la veneración debida a la majestad de la Reina.

María Carolina le siguió con la vista.

—Esta prueba de respeto y fidelidad—me dijo,—me impresiona más aún por ti que no por mí; pero hubiese preferido no haberla recibido.

Volvimos al gabinete donde habíamos dejado a sir Guillermo y lord Nelson.

Nelson parecía visiblemente contrariado, y como la Reina no hablaba de

su entrevista con Caracciolo y él no se atrevía a interrogarla:

—Señora—le dijo,—espero que Vuestra Majestad no olvidará que el primero a quien usted se ha dirigido, he sido yo, y que también soy yo el primero que se ha puesto a su disposición.

—Esté usted tranquilo, mi querido almirante—respondió la Reina.

—Así, pues—repuso Nelson,—tengo de Vuestra Majestad la promesa de que ningún barco sino el que yo mando tendrá el honor de conducirla a Sicilia.

—Usted lo ha dicho—contestó la Reina;—pero esa promesa no nos obliga sino a mí, a sir Guillermo y a milady Hamilton. No conozco las intenciones del Rey ni me propongo influir en ellas.

Nelson se inclinó.

—¿Vuestra Majestad me permitirá obrar en consecuencia?

—Como a usted le parezca, y tenemos la seguridad de que sus disposiciones habrán de redundar en bien nuestro.

—Pediré a la Reina permiso para escribir dos o tres cartas de cuyo contenido Vuestra Majestad se dignará enterarse.

En una mesa aparte preparé plumas, papel y tinta, y con un signo indiqué a Nelson que podía empezar.

Nelson se sentó frente a la mesa, y me hizo señal de que me acercase a leer lo que iba a escribir, que fueron las siguientes cartas:

Confidencial.

«Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

»Mi querido Troubridge: La situación es aquí tan crítica, que deseo que usted se reúna conmigo sin pérdida de tiempo. El Rey ha regresado a Nápoles y todo va de mal en peor. Diríjase usted a este puerto con toda suerte de precauciones.

»Recomiende usted a Gages que opere con mucho sigilo y que escriba a Wyndham enviándole instrucciones

convenientes a la situación en que nos hallamos.

»Todos unen sus saludos a los de su fiel amigo,

»HORACIO NELSON.»

La segunda carta iba dirigida al capitán Ball, con la misma advertencia de: *Confidencial*.

«Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

»Mi querido Ball: Deseo que me envíe usted directamente el *Goliath* y que dé orden a Foley de no cruzar el faro de Mesina hasta recibir informes. Es muy posible que se encuentre conmigo. La situación de este país es sumamente lastimosa; todos, o casi todos sus habitantes, son unos traidores o pusilánimes. Nada he recibido de Inglaterra; estoy aquí con el *Alcmène* y en compañía de los portugueses.

»Su buen amigo,

»HORACIO NELSON.»

«El cúter *Flora* se ha perdido, y no tengo nada que enviarle. ¿Puede usted expedirme el *Incendiare*? Pero, sobre todo, ¡nada de barcos napolitanos! *En la marina, no hay más que traidores*; en una palabra: todo es corrupción (1).»

Se ve, en las palabras subrayadas, despuntar el odio de la marina inglesa hacia la napolitana, y aparecer los primeros síntomas de los celos de Nelson, celos que habían de ser tan fatales para Caracciolo.

Nelson me entregó estas dos cartas que yo pasé a sir Guillermo para que éste explicase a la Reina los puntos que pudiesen ofrecerle alguna ambigüedad. Nelson escribía ordinariamente con un laconismo que, en su propia lengua, resultaba algunas veces incomprendible a sus compatriotas, y, por consiguiente, mucho más a los extranjeros.

Mientras la Reina, ayudada de sir

(1) Inútiles decir que estas cartas son copiadas de autógrafos de Nelson.

Guillermo, leía las dos cartas, Nelson permanecía cabizbajo, dando vueltas a la pluma entre sus dedos y como si titubease en escribir una tercera carta. Por fin, se decidió.

«A lord Spencer.

»Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

»Mi querido lord: Permítame usted que en dos palabras le ponga al corriente de lo que acaba de suceder.

»El ejército napolitano ha sido completamente derrotado por los franceses, y los fugitivos no tardarán en ser rechazados hasta Nápoles por los vencedores. En estas lamentables circunstancias, la Reina me ha obligado a darle palabra de no abandonarla en tanto no vuelvan días más felices. El Rey ha llegado anoche, portador de su propio desastre. Parece que ha sido perseguido tan de cerca, que se vió precisado a cambiar de indumentaria con uno de sus chambelanes. El peligro, según se desprende, fué real.

»Espero, pues, que el Almirantazgo no verá inconveniente en que yo continúe junto a la Reina, a quien, conforme dejo dicho, he empeñado mi palabra. Ayúdeme usted, con su alta influencia, a sostenerla, aun en el supuesto de que, empeñándola, hubiese yo cometido una imprudencia. Así que se reciban noticias más completas, se las comunicaré.

»Respetuosamente, quedo su fiel servidor,

»H. NELSON.»

Estas tres cartas preveían todos los acontecimientos posibles. La Reina dio las gracias a Nelson, y, una vez tomadas estas primeras disposiciones, quedamos todos más tranquilos.

El consejo del Rey no había llegado todavía a ningún acuerdo. Al fin y al cabo, no se sabía sino que el ejército napolitano había sido derrotado y puesto en fuga. Con todo, se redactó una proclama cuyos términos ambiguos disimulaban torpemente la verdad de los hechos, y que fué inmediatamente fijada en todas las paredes.

Habían llegado a Nápoles sordos rumores del suceso; la noticia, en toda su extensión, estalló como una bomba.

El general Mack había dicho la verdad: no existía ya el ejército napolitano, no precisamente por sus pérdidas sobre el campo de batalla, que apenas si llegaban a mil hombres, sino por haberse dispersado al primer choque y evaporado como humo. Nada impedía, pues, a un enemigo imprudentemente provocado, un enemigo llamado impío, cruel, profanador de la religión, perseguidor de sus ministros; nada impedía a ese enemigo invadir el reino y entrar en Nápoles.

El Rey lo sabía tan bien, que, renunciando a defenderse con las armas materiales, puso su causa en manos de Dios, ordenó rogativas en las iglesias para aplacar la cólera celeste, e invitó a los curas y a los monjes más renombrados por su elocuencia a subir al púlpito para excitar al pueblo a defender la capital.

LXXXIV

Fácilmente se comprenderá el efecto que en la ciudad y en las poblaciones rurales produjo la proclama del Rey y las predicaciones de curas y monjes.

Al hablar de los arrestos de jacobinos y de las ejecuciones de Manuel de Deo, Gagliani y Vitagliano, ya he dicho cuál era el espíritu de las clases media y superior de Nápoles; pero la clase formada por los *lazzaroni*, que era la más numerosa, pues acaso se elevaba a cien mil almas, estaba por el Rey, y miraba a los franceses como gente impía, herética y excomulgada.

La proclama del Rey era simplemente un llamamiento al pillaje; y el pillaje es, por decirlo así, una cosa nacional en los Abruzos y en la Tierra de Labor. Cada uno empuña el fusil, el

hacha o el cuchillo, y se pone en campaña, sin otro objeto que la destrucción, sin otro móvil que el latrocinio, secundando a su jefe sin obedecerle, siguiendo su ejemplo, pero no sus órdenes.

Masas compactas habían huído ante los franceses; hombres sin organización marcharon a su encuentro. Un ejército había desaparecido; un pueblo surgía del seno de la tierra.

Respecto a la capital, reinaba en ella una confusión espantosa. Una clase entera de la sociedad, la *mezzo ceto*, los que de por sí se llamaban patriotas y eran por los demás llamados terroristas, jacobinos, no salían de sus casas, por no exponerse al furor del pueblo.

En las plazas, en las avenidas, en los mercados se reunían enormes grupos para escuchar la palabra de los monjes que, con un crucifijo en la mano, arengaban al pueblo en lo alto de pulpitos improvisados.

Allí se improvisaban también los jefes de aquellas muchedumbres, los cuales se ponían a la cabeza de los *lazzaroni* que recorrían las calles de Toledo, Chiaia y Santa Lucía, gritando: «¡Viva el Rey!» «¡Mueran los jacobinos!» «¡Mueran los franceses!» A su paso, se cerraban todas las puertas y balcones. Durante la noche, como estábamos en diciembre y el tiempo era frío y lluvioso, se encendían grandes fogatas, y alrededor de ellas, se esperaba el nuevo día bebiendo, cantando, vociferando.

La Reina miraba frecuentemente por las ventanas, y, contra su voluntad, se asustaba de aquella tempestad que ella había contribuido a desencadenar, ignorando si el mismo trono no vacilaría a su sople devastador.

Con todo, viendo esta efervescencia popular y ante las noticias que llegaban de la provincia, el Rey cobraba ánimos, y dejaba entrever la posibilidad de organizar la resistencia y poder esperar a los franceses.

Los campesinos continuaban haciendo milagros de fanatismo, y los oficiales prodigios de cobardía.

Tehudy, un viejo coronel suizo que

mandaba en Gaeta, había abierto las puertas de esa plaza, por más que era considerada inexpugnable.

Citivella-del-Tronto, fortaleza situada en la cumbre de una montaña inaccesible, estaba defendida por un español de cuyo nombre no me acuerdo; después de diez horas de sitio, su defensor se rindió prisionero de guerra con toda la guarnición.

El gobernador del fuerte de Pescara ni siquiera esperó a que el cerco se estableciese: se rindió a las primeras demostraciones de hostilidad.

Pero, en desquite, los campesinos incendiaban, destruían todo lo que encontraban a su paso; mataban, asesinaban a cuantos enemigos caían en su poder. Se apoderaron de la ciudad de Teramo, reconquistada a los franceses. Una multitud de voluntarios procedentes de Tierra de Labor recorrían la línea del Garellano rompiendo los puentes, emboscándose en los caminos, asesinando a los mensajeros, y hasta llegaron a destruir pequeños destacamentos de soldados.

Por otro lado, si Gaeta, Civita del Tronto y Pescara se habían rendido, Capua, en cambio, se mantenía firme, y Maedonald había sufrido un revés y Duhesme sido herido gravemente; el general Mauricio Mathieu fué también herido, y hecho prisionero el coronel de Arnaud; el general Boisregard resultó muerto, y Championnet abandonó la Tierra de Labor pronunciando los nombres de Fra-Diavolo y Mammone, que más tarde debían ser tristemente célebres.

El prestigio se derrumbaba. Si los franceses eran invencibles, al menos no eran invulnerables.

También se decía que la escuadra francesa se concentraba alrededor de Capua, no con el propósito de atacar la plaza, sino para preparar una retirada honrosa.

Todas estas noticias infundían confianza a los napolitanos. Fernando era tan querido, que el pueblo llegaba hasta a olvidar la ojeriza que le inspiraban la Reina y Actón. Aquella precipitada fuga acrecentó el amor que los *lazzaroni* sentían por su Rey.

Además, se aseguraba que aún quedaban cuarenta mil hombres a las órdenes de Mack y Damas; que Naselli podía reforzar aquel contingente con ocho mil o diez mil hombres de Toscana; que las partidas armadas de la campaña llegaban a unos quince mil. Todas estas fuerzas reunidas formaban un total de unos sesenta y cinco mil hombres, apoyados por una ciudad de quinientos mil habitantes y por la flota anglo-portuguesa y napolitana.

Era imposible que una masa tan formidable no llegase a aniquilar fácil y rápidamente el exiguo número de diez mil o doce mil hombres, a que ascendían las fuerzas francesas.

Pero de todos modos no se tranquilizaba Carolina. Tanto ella como Actón medían en toda su extensión el odio que ambos inspiraban a los napolitanos. El miedo se había apoderado también de Castelcicala, Vanni y Guidobaldo, que se consideraban constantemente amenazados y temían ser objeto de secretas venganzas; por lo cual eran partidarios de la proyectada fuga.

Nelson, que respondía de todo en Sicilia, no podía responder de nada en Nápoles.

Pero, si el Rey se quedaba en Nápoles, nadie se atrevería a salir de la ciudad.

Era, pues, preciso decidir al Rey por medio de algún espectáculo terrible que produjese en su espíritu una impresión honda y le obligase a huir de Nápoles.

Si hubo crimen en el suceso que voy a narrar (lo que ignoro), ese crimen fué obra de la Reina y de Actón.

En otro lugar he dicho algo del estorbo que Ferrari causaba, y se recordará que Ferrari era el mensajero que llevó al Rey una carta falsificada. Si Fernando llegaba a saber la verdad de lo ocurrido y que había sido engañado, su cólera podía adquirir grandes proporciones.

El día 19 de diciembre llegó un despacho de Viena, y la Reina, siempre en acecho de lo que ocurría, lo interceptó. Si aquel despacho hubiese llegado a manos del Rey, lo descubrió todo.

En efecto, el emperador escribía a su sobrino que, habiendo procedido prematuramente, había traicionado la causa de Europa y le decía, además, que merecía ser abandonado a su suerte.

Aquello fué la sentencia de Ferrari, cuya muerte se imponía para espantar al Rey.

Creo haber hablado de un tal Pascual de Simone que la Reina tenía a su servicio, y al que llamaban el *esbirro* de la Reina.

Recibió, según se dice, cinco mil ducados con orden de repartir parte de ellos entre el pueblo, y singularmente entre la gente del muelle.

Se trataba de deshacerse de un hombre que Pascual Simone señalaría al populacho, designándole como jacobino.

El 20 de diciembre, sobre las diez de la mañana, Ferrari salió de palacio para llevar a Nelson un billete del capitán general.

Pascual de Simone le aguardaba en la calle del Piliero, frontera del muelle.

Por medio de un signo dió a entender a los marineros que aquél era el hombre en cuestión.

Los marineros respondieron con otro signo, indicando que habían entendido.

Ferrari, sin la menor desconfianza, saltó a una barca y ordenó a dos marineros que la tripulaban que remasen con dirección al navío de Nelson.

Los remeros pidieron que les pagase por adelantado.

Ferrari les dió cuatro carlinos; era pagarles con esplendidez.

Los marineros exigieron un peso fuerte.

— ¡Cuidado con lo que hacéis! — dijo; — yo soy un correo de Su Majestad.

— ¡Tú! — repuso uno de los marineros, animado por un signo de Pascual de Simone. — Te conocemos; tú eres un jacobino.

Apenas fué pronunciada esta palabra, brillaron veinte cuchillos, y el desgraciado cayó materialmente acibillado, cosido a puñaladas...

El día antes había habido una gran manifestación.

Una inmensa muchedumbre se reunió en la plaza del Palacio, gritando: «¡Mueran los jacobinos!» y pidiendo sus nombres para asesinarlos a todos.

El Rey se asomó al balcón y dió gracias al pueblo. Luego, envió al príncipe Pignatelli con encargo de ponerse al habla con los directores de aquel movimiento popular y decirles que la partida del Rey no era aún una cosa resuelta, y que si el pueblo le daba palabra de apoyarle, no se movería de Nápoles.

Y el pueblo gritó:

— ¡Por Dios y por el Rey, estamos dispuestos a hacernos matar desde el primero al último!

Esta demostración era lo que tan vivamente había impresionado a la Reina y a todos los del partido de la evasión.

Al día siguiente, a la misma hora, el Rey percibió el mismo sordo rumor de la multitud, y se asomó al balcón.

La ola popular avanzaba rodeando un objeto informe que el Rey procuraba en vano distinguir.

Sólo se oían los gritos:

— ¡El jacobino, a muerte el jacobino!

Entonces, el Rey sospechó que aquella masa informe, sangrienta, podía ser el cuerpo de un hombre. Pero, en tal caso, había forzosamente de ser el cadáver de un enemigo; y el rey Fernando participaba un tanto del parecer del rey Carlos IX, que decía ante el inanimado cuerpo del almirante: «El cadáver de un enemigo nunca puede ser cosa mala.» Así que, recibió a las turbas con su habitual sonrisa.

Pero, cuando éstas dejaron el cadáver a sus pies, en medio del arroyo, el Rey lanzó un grito de terror y se echó atrás, desplomándose sobre un sillón, tapándose los ojos con ambas manos.

En aquellos mutilados despojos había reconocido a Ferrari.

La Reina esperaba ese momento. Entró, cogió al Rey por el brazo y, casi a la fuerza, le condujo a la ventana.

— ¡Mirad! — le dijo — cómo empiezan por nuestros servidores; mañana lo ha-

rán con nosotros. ¡Esta es la suerte que está reservada a vos, a mí, a nuestros hijos!

—¡Disponed la marcha! — exclamó Fernando, cerrando la ventana y refugiándose al fondo de sus habitaciones. La partida estaba ganada.

LXXXV.

No bien quedó tomada esta decisión, la Reina escribió a Nelson, que acudió a palacio con su acostumbrada diligencia.

Le anunció oficialmente su partida, cuya fecha no se había señalado aún. Se acordó que la familia real saldría de Nápoles sin enterar a nadie de su huida.

La Reina se dirigió a Nelson, y no a Caracciolo, por dos razones: la primera, probablemente, por la antipatía que le inspiraba el Príncipe napolitano, aunque reconocía la nobleza de su carácter; pero la otra, la principal, era que Carolina no quería que un napolitano supiese las riquezas que se llevaba consigo, por temor de que la cosa trascendiese a la ciudad.

El embarque de los objetos más valiosos debía efectuarse la misma noche, por lo que Nelson envió en el acto la siguiente orden al capitán Hope, comandante del *Alcmène*:

«A las siete y media en punto se encontrarán en la Victoria tres barcas y el pequeño *cúter* de la *Alcmène*. Su tripulación deberá llevar solamente armas blancas. Una sola barca atracará al muelle. Las barcas saldrán de la *Alcmène* a las siete, a las órdenes del comandante Hope. *Los arpeos irán en las chalupas.*

»Las chalupas del *Van-Guard* y de la *Alcmène*, armadas de grandes cuchillos, con sus respectivas carronadas, al

mando del capitán Hardy, que partirá a las ocho y media en punto con rumbo al *molo Siglio*.

»Cada chalupa llevará de cuatro a seis soldados.

»En caso de necesidad, se pedirá auxilio por medio de luces.

»H. NELSON.»

El punto de reunión se señaló en el muelle de la Victoria por estar frente a la embajada de Inglaterra; y yo, sin llamar la atención, podría llevar o hacer llevar las joyas de la Reina que Su Majestad debía enviarme el mismo día encerradas en tres cofrecitos.

Pero, como se quería llevar también todos los objetos de arte, estatuas y cuadros que se pudiesen reunir, era preciso encontrar otro punto de comunicación.

Una vieja tradición del palacio decía que existía en el castillo un subterráneo que comunicaba con el mar. Se trataba de descubrirlo.

La misma tradición aseguraba que ese subterráneo no había sido abierto desde el tiempo de la dominación española.

La Reina llamó al más antiguo de los sirvientes de palacio; era un hombre de ochenta años; había nacido en 1714, y tenía veintiún años cuando el rey Carlos III fué nombrado rey de Nápoles.

Antiguamente había sido cerrajero de palacio, y ahora, retirado del servicio, cobraba una pensión. Su hijo, de cincuenta y ocho años, le había reemplazado y desempeñaba el mismo cargo en el castillo.

El viejo prometió encontrar el pasaje con la ayuda de su hijo, de quien respondía como de sí mismo. Hasta donde podía recordar, ese pasaje tenía una anchura de una toesa y su alto era de ocho a nueve pies.

Así que, las estatuas y los cuadros podían ser llevados por aquel conducto.

El viejo recibió orden de ponerse a buscar el subterráneo y de advertir a la Reina en seguida que hubiese sido encontrado.

Media hora después vino a decir que

la puerta interior había sido reconocida por él; su hijo esperaba instrucciones de la Reina para abrirla, pues se ignoraba qué había sido de la llave.

La Reina no quería confiar a nadie la exploración del subterráneo; su presencia hubiese dado demasiada importancia a la operación, de la que me encargué yo. Provistos de antorchas, bajé tras el viejo.

El subterráneo tenía comunicación con las bodegas del castillo; la puerta estaba oculta por un montón de barricas vacías y polvorientas, allí hacindas hacía tres cuartos de siglo.

Ordené a un cerrajero abrir la reja, lo cual no se hizo sin alguna dificultad, por estar los goznes y la cerradura emmohecidos.

Con todo, la puerta cedió.

En el momento de entrar en aquel pasaje obscuro y pestífero, me faltó el valor; parecíame que estaba habitado por toda clase de reptiles.

Me interné, sin embargo, con el más joven de los hombres. El viejo se quedó a guardar la puerta.

El subterráneo era tortuoso, por lo que su longitud resultaba doble; el ambiente era húmedo y de la bóveda caían gotas de agua helada.

El vuelo de algunos murciélagos me dio a entender que el extremo opuesto no estaba lejos.

A pesar del horror que me infundía aquel lúgubre revoloteo, continué avanzando, y pronto distinguí la claridad del día.

Conforme habían dicho, la abertura opuesta daba al mar, y el muelle, ancho de doce o quince pies a lo sumo, permitía transportar fácilmente a bordo de las chalupas que debían atracar, todos los objetos que fuere menester.

Aquella misma noche se podía empezar el traslado bajando las cajas a las bodegas.

Subí a anunciar esta buena noticia a la Reina, la cual me dijo que, en mi caso, se habría muerto de miedo, dado el horror profundo que sentía por los murciélagos.

Y, en efecto, debido al horror de la Reina por esos mamíferos, la familia real no aprovechó, para su evasión,

aquel nuevo camino del que era yo, si no el Cristóbal Colón, a lo menos el Vasco de Gama.

Todo el día se empleó en hacer cajas y guardar en ellas todo lo que pudo sacarse del Banco, del Monte de Piedad y de otros establecimientos públicos.

Desde el jueves día 19, empezaron en el *Van-Guard* a preparar los camarotes destinados a los Reyes y real familia. En la noche del jueves al viernes fueron transportadas a bordo las primeras cajas.

El conde de Thurn fué encargado de ese traslado, en el que, como he dicho ya, no se quería ocupar a ningún napolitano.

El viernes se pasó en la misma ocupación, que desempeñaba con toda la cautela posible, porque los tumultos continuaban y a cada instante acudían a la plaza grupos de *lazzaroni* gritando «¡Viva el Rey! ¡Mueran los jacobinos! ¡Mueran los franceses!»

La partida se fijó para la noche del 21 al 22. El Rey no quería embarcarse en viernes; pero la Reina, temiendo que su marido cambiase de resolución, insistió, hizo burla de su superstición, y consiguió que se embarcase la misma noche.

El 20, el almirante Caracciolo había recibido orden de estar preparado para escoltar al *Van-Guard*, y se le dio a entender que la Reina, la familia real, sir Guillermo Hamilton y yo embarcaríamos en el *Van-Guard*, pero que el Rey haría el viaje en la *Minerva*; lo cual habría conciliado todo y no hubiese hecho del almirante napolitano un enemigo.

El 21, a mediodía, Nelson recibió aviso de que la partida sería por la noche, y, en consecuencia, dió sus órdenes al conde de Thurn.

Escribió, además, al marqués de Nizza y al capitán Hope dos cartas que tenían por objeto advertirles que debía ser volado todo buque de la marina napolitana que pudiese convertirse en enemigo cayendo en poder de los franceses o pasándose al bando de los patriotas.

Fácil es comprender la agitación que

reinó en palacio durante aquel infausto día viernes. La Reina, que había precipitado la partida, lloraba de despecho y estaba a punto de revocar la orden.

El príncipe Pignatelli fué nombrado vicario general del reino. Se recibió una carta de Mack anunciando su venida a Nápoles para poner a la plaza en estado de defensa; se dejó para él una credencial de lugarteniente general del reino.

El Príncipe preguntó hasta dónde se extendían sus poderes.

—¡Hasta incendiar a Nápoles!—respondió la Reina.—Tiene usted derecho de muerte y vida sobre el *mezzo ceto* y la nobleza; aquí, lo único bueno, es el pueblo.

A las diez de la noche toda la familia real se reunió en el departamento de la Reina; además, estábamos sir Guillermo, yo, el embajador de Austria y su familia. El Rey manifestó deseos de llevar en su compañía al cardenal Ruffo; pero la Reina, que odiaba al prelado, se opuso.

Así, pues, el cardenal embarcó en la *Minerva*.

El almirante Caracciolo supo por conducto del cardenal, que en tal ocasión se le había privado del honor de conducir al Rey. Su orgullo de Príncipe y su patriotismo de napolitano recibieron una cruel herida. Su primer impulso fué enviar en el acto su dimisión al Rey; pero Ruffo le convenció en el sentido de que cumpliera con su deber hasta el fin y sólo presentase la dimisión en llegando a Palermo.

A pesar de las muchas precauciones que se tomaron, corrió por la ciudad el rumor de la partida del Rey. Es preciso conocer a Nápoles para formarse una idea del tumulto que se promovió durante todo el día en los alrededores de palacio.

En Nápoles, los gritos de amor se asemejan tanto a gritos de odio, que bien se hubiese podido creer que todo aquel pueblo que temía perder a su Rey estaba reunido con ánimo de sacrificarlo.

A las diez y media, el conde de

Thurn aparejó las chalupas al pie de la escalera conocida con el nombre de escalera *del Caraco*, y subió para abrir la puerta de la escalera principal que da a los departamentos regios, pero al intentar abrir la puerta de esos departamentos, el conde de Thurn había perdido la llave en la cerradura, de suerte que fué preciso derribar la puerta.

El Rey se puso a la cabeza de la comitiva, llevando una bujía en la mano; pero, al llegar a mitad de la escalera, percibió un ruido, y temiendo ser visto, apagó la luz. Nos encontramos en una espantosa obscuridad, y nos vimos obligados a caminar a tientas a través de las tinieblas.

El mar estaba muy agitado, por lo que no nos atrevimos a salir del puerto. Esperamos en las barcas, abrigándonos con nuestros chales y nuestras mantas. Las Princesitas sentían verdadera hambre, pues en palacio habíanse olvidado de darles de cenar. Un marinero tenía anchoas, que las pequeñas Princesas comieron sin pan. Cuando el mar se hubo calmado un tanto, nos dirigimos hacia el *Van-Guard*. Llegamos al navío almirante un poco antes de las doce de la noche.

No obstante las disposiciones tomadas por lord Nelson, el Rey y la familia real no se encontraban con holgura en el *Van-Guard*. Diez personas habían invadido el camarote del almirante y el cuarto de los oficiales, sin contar entre ellas a sir Guillermo, ni a mí, como tampoco al embajador de Austria y su esposa.

Esas diez personas eran el Rey, la Reina, el Príncipe heredero, su mujer, el pequeño Príncipe, hijo de los dos últimos y recién nacido, el joven príncipe Leopoldo, el príncipe Alberto, María Cristina, María Amelia y María Antonia.

El descontento del Rey era visible. Hubo un momento en que pensó trasladarse al buque de Caracciolo; pero la Reina se opuso formalmente a que el Rey se separase de su familia.

Amaneció el día con una fresca brisa que, por desgracia, era contraria.

Desde el *Van-Guard* se oían los clamores de la ciudad a manera de rugidos de una gigantesca fiera.

Efectivamente, el pueblo acababa de saber que, a pesar de sus promesas, el Rey lo había abandonado, y por medio de carteles fijados en todas las esquinas, plazas y encrucijadas, se anunció que el príncipe Francisco Pignatelli había sido nombrado vicario general con poderes ilimitados, y Mack capitán general del desbaratado ejército, y que el ministro Simonetti dejaba la cartera de Hacienda para cederla al banquero Zurlo.

Todos estos nombramientos quedaban hechos por decreto fechado el día antes y escrito íntegramente por el mismo Rey.

Se comentaba la respuesta de la Reina al príncipe Pignatelli que preguntó a Carolina hasta qué punto alcanzaban sus poderes: «¡Hasta incendiar a Nápoles!»

En los muelles hormigueaba un gentío inmenso; pero el mar estaba demasiado picado para que ningún barco se atreviese a correr el peligro de dejar su fondeadero. Veíanse grupos que sin ningún género de duda eran comisiones; pero, esos grupos, después de haber permanecido estacionados a orillas del mar, desaparecían uno tras otro, ante la negativa de los barqueros que eran solicitados para conducirlos al buque almirante, en cuyo mástil ondeaba el pabellón real.

Durante la noche, el viento amainó, pero sin dejar de ser contrario. Al amanecer, la multitud volvió a inundar los muelles. Miles de pechos prorrumpieron en grandes aclamaciones dirigidas a la flota inglesa, esperando probablemente que el Rey cambiaría de resolución. Y habiendo las aguas del mar recobrado su calma, vimos embarcar a los comisionados y venir con dirección al *Van-Guard*.

Había una comisión representante del clero, capitaneada por el arzobispo Capece Zurdo; otra de magnates del reino, y otra que traía la representación de la magistratura y de la municipalidad. Venían a suplicar al Rey que no

partiese y se comprometían a defenderle hasta el último extremo.

Pero el Rey no quiso recibir a nadie, excepto al cardenal arzobispo de Nápoles; mostróse inflexible en su resolución.

Monseñor Capece Zurdo insistió inútilmente.

—Monseñor—le dijo,—la tierra me ha traicionado; voy a ver si el mar me será más fiel.

El arzobispo salió del *Van-Guard* con el corazón traspasado de dolor, y manifestando que le era imposible adivinar lo que Nápoles haría entregada a sí misma.

—¡Oh!—murmuró la Reina,—si usted no sabe lo que Nápoles hará, en cambio sé muy bien lo que haré yo, si algún día vuelvo a poner el pie en su suelo.

LXXXVI

Sobre las cinco volvió a soplar el viento; aparejamos, y a las siete se levó el ancla. Emprendimos la marcha acompañados de la fragata *Minerva* y diez o doce barcos mercantes.

• Pero apenas hubimos doblado Capri, se desencadenó una furiosa tormenta. Diríase que, infiel como la tierra, también el mar quería traicionar al Rey; todo aquel día, que era un lunes, se dedicó a luchar contra el líquido elemento. La noche fué terrible; los tres mástiles de juañete y el bauprés se rompieron. Muchas veces creímos que el barco se iba a destrozarse. Crujía de un modo espantoso.

Difícilmente podrá formarse una idea del estado en que se encontraba la familia real. El Rey, loco de terror, se encomendaba a todos los santos, y singularmente a San Francisco de Paula, a quien parecía tener, en aquella circunstancia, particular devoción, prome-

tiéndole, si le salvaba, una iglesia tan soberbia como la de San Pedro de Roma. De su familia, no hablaba. Las jóvenes Princesas estaban muertas de cansancio y muy mortificadas por el mareo; el Príncipe heredero parecía tan abatido como su padre; la princesa Clementina sonreía maliciosamente al cielo. La Reina estaba sombría y como absorta en su pensamiento.

De vez en cuando, Nelson, que permanecía en el puente para velar por la seguridad de sus ilustres pasajeros, bajaba a decirnos una palabra que nos infundiese ánimo, a la que sólo yo respondía con un signo de mano o una mirada; y como no era otra cosa lo que él venía a buscar, en habiéndola obtenido, nos dejaba de nuevo para volver a su puesto.

En las primeras horas de la mañana el tiempo abonanzó. Nelson nos dijo que, a su parecer, habría dos horas de tregua, y que si queríamos subir un instante al puente, seguramente nos sentaría bien un poco de aire puro. Además, se aprovecharía ese momento para poner algún orden en los camarotes.

El Rey, que había pasado casi toda la noche orando de rodillas, respiró y nos dió el ejemplo cogiéndose del único brazo de Nelson y subiendo con él a cubierta. La Reina le siguió; viendo yo que se adelantaba hacia la escalera sola y tambaleando, me apresuré a sostenerla. Nelson volvió a bajar con el capitán Hardy, a fin de dar el brazo a la Princesa real y a las Princesitas. En cuanto al Príncipe heredero, se sentía más abatido que ninguno de nosotros. El más joven de los hijos de la Reina se quedó en su hamaca, imposibilitado de hacer ningún movimiento.

El puente del *Van Guard* ofrecía un espectáculo no menos confuso que el de nuestros camarotes. Los marineros aprovechaban el momento de tregua para reparar los graves desperfectos causados por el temporal, y se apercebían a luchar contra el mal tiempo que se avecinaba.

El Rey, apoyado en un parapeto del barco, miraba con ojos codiciosos la fragata del almirante Caracciolo que na-

vegaba a babor nuestro y parecía un barco encantado. No había recibido el menor daño, ni en sus mástiles ni en su velamen.

—Ved, señora—dijo el Rey a Carolina, señalando con el dedo en dirección a la *Minerva*.

—¿Y qué?—le preguntó la Reina.

—¿Y qué?... que vos sois causa de que yo esté en este barco en vez de estar en aquél.

—Felizmente—repuso la Reina,—el almirante no entiende el italiano. Os felicito por eso.

—¿Por qué?

—Porque, a mi ver—dijo Carolina,—hay bastante con que haya embarcado en su navío a un rey cobarde; y sería doblemente sensible si llegase a percatarse de que embarcó a un rey ingrato.

Y esto diciendo, volvió la espalda a su marido.

—Todo lo ingrato que queráis—replicó el Rey;—pero no es menos cierto que yo preferiría verme en la fragata de Caracciolo y no en el *Van-Guard*.

Vinieron a decirme que el pequeño Príncipe, que estaba en la hamaca, me llamaba.

Me apresuré a bajar.

Era un niño de seis años llamado Alberto; su madre lo quería medianamente. El verdadero amor de Carolina era por su segundo hijo Leopoldo, de nueve años de edad. De ello resultaba que el pobre Alberto, que instintivamente sentía ese desafecto, se había aficionado a mí, me llamaba su pequeña mamá, y venía a mis brazos siempre que quería evitar un castigo u obtener un favor.

El pobre niño se encontraba mejor, y me pedía que le subiese a cubierta. A pesar del balanceo del barco, le cogí en brazos y lo llevé a donde deseaba.

El tiempo se encapotó de nuevo y otra vez sopló el viento sudoeste; de modo que el *Van-Guard* estaba obligado a navegar en la dirección del viento. En cuanto a la *Minerva*, parecía que todo le era indiferente, y que el mismo viento contrario le daba alas.

Fácilmente se adivinaba que se preparaba una nueva borrasca.

Nelson nos previno que el plazo acordado por la tempestad había expirado, y que si queríamos bajar a nuestros camarotes, él iría a hacer frente al enemigo.

Dirigí una postrera mirada a la fragata napolitana, cuya superioridad sobre nuestro buque me vi obligada a reconocer, por más que mis sentimientos estuviesen predispuestos en favor de Nelson.

Más fina de proa la *Minerva* que el *Van-Guard*, cortaba las olas con asombrosa facilidad, y, por lo tanto, se balanceaba mucho menos que el navío inglés. En fin, la marcha segura de la *Minerva* justificaba el egoísta deseo del Rey.

Diez minutos después del aviso dado por Nelson, estábamos de nuevo en nuestros camarotes; y la borrasca se cernía por segunda vez sobre nuestras cabezas.

Pasamos así los días martes y miércoles. El jueves se señaló por una sensible desgracia.

Sobre las cuatro de la tarde, el joven príncipe Alberto, mi favorito, fué acometido de convulsiones que por momentos aumentaban de un modo alarmante.

El médico lo asistió solícitamente; pero todos sus esfuerzos resultaron ineficaces. Yo tenía al niño en mis brazos, apretado contra mi pecho, y sentía retorcerse todos sus miembros bajo el aguijón del mal. Dos o tres veces quiso la Reina tomarle en brazos; pero el enfermito agarrábase a mí y no quería dejarme.

La tempestad rugía con más furor que nunca; las olas cubrían la cubierta, el barco se estremecía desde lo alto de sus mástiles hasta la quilla; pero yo no oía nada más que las quejas del pobre niño, sólo sentía las convulsiones de aquel cuerpo en la agonía.

Por fin, a las siete de la noche, el moribundo lanzó un grito desgarrador, se retorció entre mis brazos, hizo un esfuerzo para abrazarme y exhaló un suspiro... ¡Era el postrero!

—¡Señora! ¡señora!—grité casi enloquecida;—el Príncipe ha muerto.

La Reina se acercó a nosotros, miró a su hijo, lo tocó, y se contentó con decir:

—¡Vete, pobre niño! nos precedes en tan poco, que no vale la pena de llorarte.

Después extendió la mano con una expresión que tenía más de Medea que de Niobe.

—Pero si volvemos—añadió,—puedes estar tranquilo:—¡tú serás vengado!

Se habría dicho que la tempestad no esperaba más que esta víctima expiatoria para calmarse; apenas el real niño hubo exhalado el último suspiro, cesó el viento y serenóse el cielo.

Sólo entonces la familia real se dió cuenta de que acababa de perder a uno de sus miembros.

La que me pareció más afectada, fué la princesa María Carolina Clementina. No gritó ni exteriorizó su dolor; pero, a este grito que se escapó de mi boca: «¡El Príncipe ha muerto!», apretó a su hijo contra su corazón, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Acosté al pequeño en mi propio camarote, y pasé la noche sentada a su lado.

A las dos de la madrugada oí un gran ruido de herrajes; era que echaban el ancla. Habíamos llegado. Un instante después cesó todo movimiento en el buque.

Habíamos tenido cinco días de terrible travesía, y estábamos 26 de diciembre. Era viernes.

A las cinco, todo el mundo estaba preparado para bajar a tierra; pero yo me quedé junto al pequeño Príncipe para amortajarle.

El Rey, la Reina, los hermanos y las hermanas del muerto, aceptaron, sin tener que insistir mucho, que yo les relevase de ese cuidado. Dijeron que aquel mismo día mandarían a recoger el cadáver para exponerlo en la capilla de palacio, y Nelson se encargó de mandar hacer el ataúd por el carpintero del buque.

La familia real, Actón, sir Guillermo Hamilton, los ministros Castelcicala, Belmonte y Fortinguerro bajaron a las chalupas y se dirigieron hacia la Marina, donde su desembarco fué saludado por los hurras de la tripulación del *Van-Guard*, subida a las vergas. No funcionó el cañón, porque estábamos en el muelle.

Nelson se quedó a bordo.

Sobre el inanimado cuerpo del pobre niño cuya madre reemplazaba yo, Nelson me juró un amor al que nunca fué perjuro.

A las dos de la tarde el cadáver quedó colocado en su ataúd, y vinieron a decirnos que el coche fúnebre esperaba en el desembarcadero.

Los marineros lo bajaron a la canoa del almirante; Nelson y yo nos sentamos a su lado, cual debían hacerlo su padre y su madre, y los tripulantes del esquife empezaron a remar hacia el muelle.

El féretro fué llevado al coche mortuorio; un carruaje de la Corte nos esperaba; subimos en él, y seguimos lentamente por las dos calles principales de Palermo, las vías de Toledo y Maqueda, y llegamos al palacio real, antiguo palacio de Roger.

El cuerpo se depositó en la capilla bizantina donde debía quedar durante tres días, y sólo entonces pedí que me acompañasen al departamento de la Reina.

Nelson mandó que le acompañasen al del Rey.

Encontró al Príncipe muy preocupado, no por el descalabro del ejército, no por los progresos de la Revolución, no por la próxima entrada de los franceses en Nápoles, sino por dos cosas no menos importantes.

¿Había caza en la Ficuzza? ¿Cuáles serían, por la noche, las parejas que jugarían con él al revesino?

¡Hacia más de dos meses que el Rey no cazaba, y más de ocho días que no había hecho su partida de revesino!

Le acompañaban sus jugadores habituales: el duque de Ascoli, el príncipe de Castelcicala, el príncipe Belmonte; pero el Rey gustaba cambiar de fisonomías.

Ruffo no jugaba; por otra parte, la Reina sentía por él una antipatía tan extremada, que Fernando acabó por renunciar a recibirle en la intimidad de la familia. Si tenía necesidad de hablarle de política o consultarle algún acto de gobierno, le escribía dos líneas ordenándole que se presentase.

Vivía en Palermo un hombre que era gran jugador y cazador, que reunía precisamente las dos condiciones solicitadas por el rey Fernando y que le podían ser ofrecidas: una cacería en el feudo de Illice y un compañero infatigable al boston o al revesino.

Ese hombre era el presidente Cardillo.

El Rey profesaba una enemiga invencible a la gente togada; pero el apuro en que momentáneamente se encontraba le puso en disposición de dar vado a semejante ojeriza. Así, pues, mandó que le fuese presentado el presidente Cardillo, que puso a disposición del Rey sus bosques y su jauría.

El Rey, encantado del ofrecimiento, aceptó una cacería para el día siguiente e invitó al presidente a una partida de naipes aquella misma noche.

Alguien hubo de advertir a Su Majestad que el presidente era el jugador más torpe de toda Sicilia.

El Rey se echó a reír.

—¡Y yo—dijo—que me figuraba ser el peor jugador de mi reino! Conque he encontrado al hombre que me convenía.

El presidente Cardillo no dejó de recibir algunas advertencias encaminadas a que no olvidase que era el Rey con quien tenía el honor de jugar, y recomendándole que se moderase.

El presidente hizo las más halagadoras promesas, y la primera noche la moderación con que se portó fué el asombro de todos, precisamente porque tenían noticia de su carácter irascible.

Una sola palabra se le escapó, y esa palabra le granjeó la simpatía del Rey.

Este, que por momentos esperaba los estallidos de la cólera del presidente, de cuyo violento genio se le había hablado, viendo defraudadas sus esperanzas de entablar una acalorada discusión, consideraba infundados los infor-

mes recibidos y ponía al pobre Cardillo en serios aprietos, en tales términos que, olvidando su propio juego, cometió una grave falta.

—¡Cáspita!—exclamó,—soy un asno; podía haber dado el as y no lo he hecho.

—Pues yo—respondió el presidente,—soy aún más asno que Vuestra Majestad; porque podía haber dado la sota deoros, y se me ha quedado entre las manos.

El Rey prorrumpió en una risotada; la respuesta le había recordado la franqueza de sus buenos *lazzaroni*. A partir de aquel momento, el presidente Cardillo le fué altamente simpático, y las cacerías en Illice no hicieron otra cosa más que arraigar esa simpatía.

Como el revesino era un juego cuya seriedad le restaba atractivos para el elemento frívolo de la Corte, al que yo pertenecía, se estableció para nosotros una banca de treinta y cuarenta.

Siempre había yo tenido pasión por el juego; y en aquella ocasión me entregué a él con furor.

Nelson no jugaba nunca; pero estaba detrás de mí, apoyado su único brazo en el espaldar de mi silla, y hablándome en voz baja de su amor; lo cual a mis ojos imprimía un doble encanto al juego.

¡Ay! ahora que frecuentemente espero con afán una mísera moneda con que poder comer durante la semana, no sin remordimiento me acuerdo de la época en que mis manos arrojaban el oro a puñados sobre aquel tapete.

Y a propósito del que llevaba la banca, es decir, a propósito del duque de S... debo añadir un detalle a estas confesiones que he prometido que sean completas.

El duque de S... era una especie de Casanova, perteneciente a una familia distinguida de Sicilia; era muy conocido en el continente por sus viajes, sus visitas a las principales ciudades, y por sus duelos, que casi todos habían tenido por causa su extraordinaria fortuna en el juego.

Pero hoy la cuestión no es ésa. Yo no sé si, como banquero, el duque

de S... era lo bastante escrupuloso en la talla de sus cincuenta y dos cartas; pero lo que sé es que cada día lucía en el cuello de su camisa un nuevo alfiler o un nuevo brillante en el dedo. Yo era mujer, ese diamante me tentaba. Le pedí que me lo dejase ver de cerca, lo llevé a mi dedo, y supliqué al Duque que me lo cediese. El Duque me lo ofreció con la seguridad de que yo no aceptaría, pero esperando que mi deseo sería satisfecho por la Reina, por Nelson o sir Guillermo. En efecto, estaba segura de encontrar al día siguiente en mi tocador el objeto ambicionado por mí la noche anterior.

¿Quién me lo había dado? Ni siquiera trataba de averiguarlo. En aquella vida de prodigalidades que se deslizaba sobre montones de oro, sin cuidarnos de la procedencia ni del destino de ese oro, ¡qué importaban doscientos o trescientos luises más o menos!

Y sin embargo, lo he sabido después, aquellas monedas procedían del pueblo, y estaban cubiertas de sudor, cuando no lo estaban de sangre.

En todo caso, puedo responder de una cosa, y es que el duque de S... no hizo malos negocios al desprenderse una tras otra, en mi obsequio, de todas las joyas de su pertenencia.

LXXXVII

El mes de enero transcurrió así; las noticias que se recibían de Nápoles eran desastrosas.

Por lo pronto se celebró un armisticio entre el príncipe Pignatelli, vicario general, y los franceses; pero, habiendo sido este armisticio violado por los *lazzaroni* y olvidado por el vicario general, los franceses marcharon sobre Nápoles, de la que se apoderaron después de tres días de una lucha encarnizada.

El vicario general se fugó a Palermo.

En fin, el 22 de enero fué proclamada la República partenopea. San Jenaro había realizado el milagro (se dice que mediante el auxilio de Championnet), y el Vesubio había también colaborado en la empresa, pues, al decir de los soldados franceses, una pequeña erupción les permitió engalanarse con el gorro frigio.

El rey Fernando miraba con mucho desafecto a San Jenaro, quien, después de haberse negado a hacer un milagro en su obsequio, lo hizo en pro de los franceses; si bien es verdad que Championnet empleó irresistibles argumentos para decidir al santo.

Por todo lo cual, Fernando destituyó a San Jenaro del grado de teniente general que en su nombre había ejercido el general Mack durante quince días y le retiró los honorarios correspondientes a dicho cargo.

Pero eso no era todo.

Los jacobinos, mediante sus numerosas relaciones en provincias, laboraban por la causa de la democracia en los Abruzos, en la Tierra de Labor y la Calabria.

Si se conseguía difundir la democracia en Calabria, la Revolución no tenía más que atravesar el estrecho para poner el pie en Sicilia, donde había un buen número de jacobinos que vivían con la esperanza de que, no bien se hubiese alejado la escuadra inglesa, Palermo haría, al igual que Nápoles, una revolución.

El mismo día que se proclamaba la República en Nápoles, o sea, el 22 de enero de 1799, Fernando convocó en Palermo un gran consejo de Estado, con el fin de buscar un medio cualquiera de contener el avance de la Revolución, que caminaba a grandes pasos.

Dos horas hacía que se estaba discutiendo sin llegar a ningún acuerdo, cuando un ujier se presentó diciendo que el cardenal Ruffo pedía permiso para entrar en el Consejo y tomar parte en la deliberación.

El cardenal venía simplemente a proponer al Rey que lo pusiese al fren-

te de los reaccionarios calabreses y marchar con ellos sobre Nápoles.

Encerrado, desde su desembarco en Sicilia, en una celda del convento de la Grancia, había meditado mucho tiempo su plan, y no veía el momento de vengarse de la negativa que anteriormente se le había hecho de un cargo militar, para demostrar que tenía más iniciativa y más valor que todos los generales que habían huído con el Rey para entregarse a las delicias de la caza y del revesino.

Semejante proposición valía la pena de ser tomada en consideración por más que al pronto hubiese sido acogida con dudas y reparos; pero Ruffo, que mantenía activa correspondencia con todos los miembros de su familia y que había enviado cinco o seis mensajeros a Calabria, demostraba con tanta evidencia que aquella provincia sólo esperaba su llegada para levantarse, que el Rey dió su aprobación al proyecto del cardenal, y, considerando que no había tiempo que perder para ponerlo en ejecución, prometió a Su Emilenia que de allí a tres días recibiría el nombramiento de vicario general.

Ruffo pidió que, puesto que el Consejo estaba reunido, se redactasen inmediatamente sus credenciales; pero el Rey manifestó que él quería encargarse de la redacción.

Cuando Fernando se expresaba en estos términos, ya se sabe lo que eso significaba: el asunto corría a cargo de su Consejo íntimo, constituido por la Reina, el general Acton y sir Guillermo Hamilton.

El Rey volvió muy altivo y satisfecho. Su amigo el cardenal, tan menospreciado por la Reina, ese hombre de iglesia que no era juzgado digno de una modesta plaza en el ministerio de la Guerra o de Marina, acababa de proponer una cosa que incumbía al Príncipe real y de la que éste ni siquiera se había formado una sola idea.

Convocó a la Reina, a sir Guillermo, a lord Nelson y al general Acton, y les comunicó la proposición de Ruffo.

Todos fueron de opinión que era necesario aceptarla, excepto la Reina,

que no aprobaba ni desaprobaba, limitándose a guardar silencio.

Se acordó que al día siguiente por la mañana, Ruffo sería llamado a palacio, y que en su presencia y con sus consejos se discutiría y redactaría el acta de conferirle el título de vicario general.

Aquella misma noche, el almirante Francisco Caracciolo solicitó el favor de ser recibido por el Rey.

Fernando mandó decirle que estaba ocupado en un asunto muy urgente, por lo que no podía recibirle; pero que, en todo caso, formulase sus peticiones por escrito.

Caracciolo contestó dejando su dimisión de gran almirante de la marina napolitana. Además, pedía al Rey permiso para regresar a Nápoles.

El Rey, asiendo la ocasión de desembarazarse del almirante, escribió lo que sigue:

Si accordi; ma sappia il cavaliere Caracciolo che Napoli è in potere del nemico.

Caracciolo no se fijó en el sentido de estas palabras; no vió más que el permiso de salir de Palermo, y con el corazón destilando hiel, se embarcó al otro día por la mañana.

En el momento de su partida, estaba reunido en palacio el consejo íntimo, y Ruffo recibía de manos del Rey, con un manifiesto dirigido a los calabreses, los poderes que le conferían la vicaría general y le facultaban ampliamente para obrar en nombre y representación de Su Majestad.

Se advirtió al cardenal que, si bien el Rey se había llevado de Nápoles setenta y cinco o setenta millones, no era posible darle más de tres mil ducados, o sea doce mil francos a lo sumo, para subvenir a los gastos de su proyecto de restauración; pero, una vez en Calabria, podía recurrir al sistema de las contribuciones voluntarias o forzosas para solventar cualquier dificultad de orden económico.

Sin embargo, antes de despedirse del Rey, el príncipe de Luzzi manifestó al prelado, de parte de Su Majestad, que el marqués don Francisco Taccone, tesorero general del reino de Nápoles,

acababa de llegar a Mesina con quinientos mil ducados, equivalentes a más de dos millones en papel de la Banca napolitana. Como ese dinero pertenecía al Tesoro público, el Rey lo cedió al cardenal para las atenciones de su expedición. Apresurémonos a decir que ni Ruffo, ni el Rey, ni alma viviente alguna supo jamás de los dos millones en cuestión. Esto no asombrará a quien sepa cuán fácilmente en Nápoles el dinero se pega a las manos de los que lo tocan.

El cardenal no anduvo remiso. El 26 de enero partió para Mesina, y después de haber intentado en vano realizar el cobro de sus quinientos mil ducados, pasó a Calabria, a cuya plaza de Cotrone arribó el 8 de febrero de 1799.

Luego que hubo desembarcado, izó en el balcón de la residencia de su hermano el duque de Rocca-Bella el estandarte real, que representaba de un lado el blasón de las Dos Sicilias, y del otro la cruz, y esta inscripción grabada mil trescientos años antes en el lábaro de Constantino:

¡In hoc signo vinces!

Supimos, al cabo de algunos días, que se le habían reunido un millar de hombres, y que con ellos había emprendido la marcha hacia Monteleón.

Estas noticias devolvieron la tranquilidad a la Reina y tendieron un segundo velo sobre la tumba del pobre pequeño Príncipe, el velo del olvido.

He dicho cómo transcurrían nuestras veladas: el Rey continuaba negando al presidente Cardillo, el presidente Cardillo no dejaba de tascar el freno, el duque de S... siempre con la banca y haciendo brillar sus anillos y alfileres, yo, cada vez más codiciosa de esas joyas, Nelson y sir Guillermo adquiriéndolas para mí.

La Reina no jugaba; se mantenía en un rincón con las jóvenes princesas bordando una bandera dedicada a los calabreses, con propósito de enviarla al cardenal tan pronto como la hubiese terminado.

Las horas del día eran para nosotros tan placenteras como las veladas. Lo